

GÓNGORA, 1927

A RAFAEL ALBERTI

La más hermosa ausencia de tu tinta
ha decorado con su olvido vago
—pliego que no llegó no se despinta—

este aposento que al mentido halago
de musas de hoy, de ayer y aun de mañana
atiende desde el día de Santiago.

Cuando al frisar la hora meridiana
me dejaba acunar, depuesto el peso
en brazos de la espuma verde y cana,

yo meditaba en ti exprofeso
y en tu blanca sirena submarina
proveedora de sal y esquiva al beso.

Densaba en la trainera aguda y fina
que las olas enhebra con su aguja
por la regata azul de ventolina,

cuando el ritmo en los torsos se dibuja,
y se abre y cierra el vuelo de las palas
y la voz del patrón ahinca y empuja.

Así, tendido en las flotantes salas,
modelado del mar que me acaricia
con el tacto infinito de sus alas,

pensé, almirante, en tí, y en la solsticia
luz de tu mar abierto al sur de plata
y al cabotaje que tu verso oficia.

También entre nosotros se aclimata
el sol de agosto, y bruñe la onda espesa,
y la brisa alza cúmulos de nata;

la arena de oro cuando el mar la besa,
su polvillo de nácares olvida
y entre los pies se nos enreda presa.

y larga y lentamente humedecida
se satina y de yodo se oscurece
como el escote que Leonor descuida.

Pero permite que mi cargo empiece,
y que, enterrando imágenes de playa,
dé a tu silencio el pago que merece.

Y que en nombre de Góngora, atalaya
al año venidero, recrimine
tu proceder que excede de la raya.

Ahora que el fútbol vuelve y vuelve el cine,
hora es de que te incite al noble empeño
y a tu urgente trabajo te encamine.

Recordarás quizá como en un sueño
las peñas de la Granja y de Miyares
ante el bock rubio o el licor cenceño.

Para honrar a Don Luis, las singulares
tareas repartimos. A ti toca
sonsar a los cultos de sus lares.

A los nietos de Góngora convoca
a que ordeñen los pechos de su musa
viva y caliente, si ya no es de roca.

Insiste, estrecha, apremia, y si rehusa
alguno, o ya vencido o pudoroso,
vuélvelo tú a la fe con frente ilusa.

Ciérrales la salida en recio acoso,
como vi a los jinetes andaluces
acorrallar al toro temeroso.

Pídeles por la gloria de sus cruces,
que por Don Luis de Góngora y Argote
vistan su terno de más vivas luces.

Yo te diré los gongorinos. Yo te
recordaré sus nombres. El Parnaso
conoció nunca más florido lote.

Tres maduros maestros abren paso,
ejemplo ya a las lirás juveniles,
aún antes de inclinarse hacia el ocaso.

Barbas, de chivo un tiempo, hoy en viriles
hilos—plata y ceniza—desatadas,
como blondas de mar por los cantiles,

o barbas negras, árabes, talladas
a filo de hacha, como quiso el griego,
ya tú bien las conoces, obstinadas.

El otro, con su ausencia a cuestas, ciego
va de armonía por sus soledades,
con Dios hablando y, para el mundo, lego.

Buscarás al que vive en dos mitades,
de nuestro tiempo víctima: la pluma
y el pincel le duplican voluntades,

y por el norte gris, que agrio rezuma,
si ya no en la colonia de Trajano,
al cónsul pirenaico de la bruma.

Hallarás enlazados de la mano,
Cástor y Pólux frente a la Sorbona
o sobre el limpio fondo castellano,

o tal vez—borla azul—en la poltrona,
comentando a Don Luis verso por verso,
un perfil corvo, una cabal persona.

Y con risa de niño en su universo,
«ciervo de espuma y rey del monterío»
al juglar devotísimo y disperso.

No te hablaré de aquel que del sombrío
antro en que palimsesta y filóloga
libertamos un día turbio y frío.

Tú sabes que es poeta, que interroga
a las estrellas número y secreto
y lo mece consigo y monologa.

Ni a alondras de París pongas el veto,
aunque ignores tal vez su melodía,
bella entre todas, yo te lo prometo.

Aludo a aquel que obtuvo la poesía
desnuda y nueva, creada de su mano,
sin prosa, sin intérprete y sin guía;

y al otro fiel, mi inseparable hermano,
que amasa sus milagros favorables
con el más puro gesto cotidiano.

Y espero desparrames otros cables
a voces frescas, tiernas de futuro
y con ellas la llama mutua entables.

Orlad de amor y gracia el alto muro,
como pájaros tibios de la aurora
que expulsan su secreto prematuro,

antes que el bedel diga: ya es la hora,
bedel zoilo que siempre tarde llega,
aunque el reloj la hora corrobora.

Y mientras él los ojos se restrega
y compulsos los datos oficiales
tu tafetán, Don Luis, ya se despliega

sobre docena y media de leales.

GERARDO DIEGO

Escrita y cursada esta epístola en Setiembre (1926) se imprime ahora sin retocar su intimidad. Los poetas aludidos a quienes se había de invitar para el homenaje poético a Góngora, fueron elegidos no por mí, sino por el grupo de amigos de Góngora en las reuniones organizadoras. Cuando escribí esta carta no me consideré autorizado para incluir otros poetas que por mi gusto particular deberían formar parte de la lista gongorina. Tengo entendido que ya la falange que se apresta bajo el glorioso tafetán excede dichosamente de la «docena y media» invocada. — G. D.

IMÁGENES CREADAS

Estoy seguro de que ninguna vez se ha intentado en nuestra poesía obtener una imagen pura y creada, es decir, sin valor conceptual, ni contenido realista o traslativo, pero es seguro que alguna se ha conseguido.

La fusión de voces ideológicamente inconexas pero cuya mixtura puede tener valor poético, al crear un mundo de imágenes no terrícolas, nunca ha sido aspiración de nuestra poesía. Pero, por otra parte, es preciso reconocer que a veces se ha rozado, si no logrado, tal objetivo y por ello vale la pena de examinar el proceso seguido para tal logro.

La preveniencia ha sido siempre metafórica. En resumen provisional, valga la paradoja, puede decirse que han procedido siempre de una comparación a la que se ha suprimido el término comparativo, uniéndose dos relaciones distantes de un salto.

Toda una octava de la *Fábula de Pan y Siringa*, por don Plácido de Aguilar, que Tirso de Molina ponderó al incluirla en sus *Cigarrales*, o mejor dicho, en los de *Toledo*, ofrece a pares en cada verso imágenes que para ser totalmente creadas sólo les falta no estar adheridas a obvios recuerdos metafóricos. Es así:

Barriendo estrellas, flores matizando,
cerniendo aljófara, luces produciendo,
prados vistiendo, nubes bosquejando,
sembrando aromas, rosas descogiendo,
templando vientos, fuentes aclarando,
granates en mosquetas envolviendo,
mostraba el rostro la rosada Aurora,
jazmín y rosicler hurtando a Flora.

Casi ninguna de las acciones propias de los verbos empleados es, en su directo sentido, congruente con los sujetos en que se emplea. Barrer estrellas, vestir prados, sembrar aromas, envolver granates en mosquetas sobre todo, conceptualmente son despropósitos que un aferrado a la llaneza y severidad clásicas debe mirar con ceño.

Claro que el ser muy evidente el sentido traslativo, por aclararle otras más obvias metáforas adyacentes, hace que se acepten por normales. Y sin embargo, el poeta que frenéticamente bebía el aliento a Góngora en su fábula de Polifemo, bien debía darse cuenta de que tentaba, no sin osadía, un camino distinto del de la imitación de la naturaleza, que era el tradicional.

En todos estos casos favorece la comprensión de la metáfora además, el tratarse de una sencilla, aunque disimulada. Solo el verso granates en mosquetas envolviendo,

VERSO Y PROSA

BOLETIN DE LA JOVEN LITERATURA

AÑO I

MURCIA - 1927 - ENERO

NÚM. 1

Guía estival del Paraíso

(PROGRAMA DE FESTEJOS)

A Salvador Dalí

*HOTEL de Dios: pulsado por los trenes
y buques. Parque al sur. Ventiladores.
Automóvil al mar y los andenes.*

*San Rafael, plumado, a la cantina,
chófer de los colgantes corredores,
por un sorbete lleva, sin propina.*

*¡Al Bar de los Arcángeles! De lino,
las cofias de las frentes; y las alas,
de sidra y plumas de limón y vino.*

*Por una estrella de metal, las olas
satinan el marfil de las escalas
áureas de las veloces pianolas.*

*¡Campo de Aviación! Los serafines,
la Vía Láctea enarenada, vuelan
la gran Copa del Viento y los Confines.*

*Y en el estadio de la luna, fieros,
gimnastas de las nieves, se revelan,
jabalinas y discos, los luceros.*

*¡Reina de las barajas! Por los lagos
de Venus, remadora, a los castillos
del Pín-Pán-Pún de los tres Reyes Magos.*

*Carrera de los vírgenes cometas
en cinta, alrededor de los anillos
saturnales, de alcol las bicicletas,*

*¡Funicular al Tiro de Bujías!
¡Submarino al Vergel de los Enanos,
y al Naranjal de Alberti, los tranvías.*

*HOTEL de Dios: pulsado por los trenes
y buques. Hall al sur. Americanos
refrescos. Auto al mar y los andenes.*

Invierno postal

(FRAGMENTO)

*TARJETA panorámica: el paseo,
antártico y de azul. —¿Tiene usted frío?
Sube y baja el invierno en su trineo.*

*Autorizadas, las peleterías
abren las jaulas del escaparate
y el oso blanco abriga los tranvías.*

*¡Dadme un beso, románticas señoras!
¡El último, en mi frente sin sombrero,
mis dignas Venus puras, protectoras!*

*¡Cuidado! ¡A la derecha! Repetida
y al volante, Amarilis, combos riele
negros dibuja en el asfalto, huida.*

*¡Caballeros!: el paso, a los galanes
que libres de solapa y camiseta
muerte han dado al enero y sus gabanes.*

*Rosas del frío frío, descotadas,
por las ágiles pistas de las nieves,
van, andróginas dulces, aurialadas.*

*¿Dónde os ví yo, nostálgicas postales?
¿En qué cine playero al aire libre
o en qué álbum de buques lineales?*

RAFAEL ALBERTI

Nómina incompleta de la joven literatura

ALBERTI, Rafael. —Nada menos que andaluz. Y del Puerto de Santa María. Ha navegado con Góngora, Juan Ramón Jiménez y García Lorca por los mejores mares de la Poesía. En su barco, empavesado y alegre, no faltan recámaras. Marinerito en tierra, gusta de la gorra inglesa para viajar de café en café.

ALONSO, Dámaso. —Creo que de Madrid.

Calva incipiente, algo de moflete y gafas: cierta expresión de enfurruñamiento. Puro «camouflage». Es mucho más apacible este muchacho que otros de apariencia menos huraña. Parece agrio y es dulce. Su palabra, tímida y esquiva, contrasta con la firmeza y diafanidad de su actitud y de su aptitud.

BERGAMÍN, José. —De Madrid con sangre malagueña.

Cazador más piadoso de lo que él mismo cree. Quien lo vea con su escopeta de aforismos y su canana de terribles intenciones, le tomará por un alma dura. No hay tal. Probablemente querría devolver la vida inmediatamente a las piezas cobradas. —«Pero si yo, después de todo, no tengo nada contra este avechicho...» —diría. Y esta falta de motivación personal es precisamente lo que revela su magnífico desinterés literario. Este deporte es el verdadero trabajo de Bergamín; cuya labor en bufete de abogado es su auténtico pasatiempo. Llegado el caso, hojea el Medina y Marañón. Pero le sirven de registro las estampas de sus santos: Nietzsche, Unamuno, Juan Ramón Jiménez y Cocteau. Enseguida, a la obligación. Es decir, a cazar. La caza de Bergamín será mayor cada día. Acabará cazando los conceptos de vuelo más ágil desde una meseta amplia y oreada.

CHABÁS, Juan. —De Denia.

Ojos negros y lucientes como culata de revólver. Voz tostada. Hombre muy mediterráneo, habituado a la diagonal Denia-Génova. Habla con énfasis un tanto dogmático, pero luego le sobreviene un punto de perplejidad y pregunta: «¿no...?». Yo le recuerdo de soldado de cuota en Artillería, cruzando indiferente el pasmo de todas las niñas. Le he conocido también con un sombrero flexible gris perla, de ala delantera caída, algo cantante de ópera.

DIEGO, Gerardo. —Muy de la Montaña.

Hombre de sorpresas. «He visto a Diego en un *dancing*», dice alguien. «No es posible», replicó. —«Palabra de honor». —Y otro día, otra persona: «He visto a Diego toreando en una becerrada». —«No es posible». —«Palabra de honor...». Sabido ésto, es de creer que su escuela tauro-técnica sea la de Vicente Pastor, torero grave y concienzudo que tomaba todas las suertes en serio. El aspecto de Diego es un tanto desasosegado. Cuando examina, seguramente que el examinando lo parece él.

ESPINA, Antonio. —Madrileñísimo. Contra lo que yo he creído alguna vez, no existe mas Antonio Espina que uno. Cosen al poeta y al articulista puntadas de sarcasmo. Menudo, quebrado de color. Administra bien la mala intención, y sabe ofrecer cuando corresponde su mano abierta de amigo. Es de los últimos jugadores de «dominó». Tal vez sea el único romántico de la Joven Literatura.

GARCÍA LORCA, Federico. —De la vega de Granada. Por más que la vega de Granada, nació, para la Poesía, con él.

Llegó desde la Música, en un tren que le sirvió para recorrer la España más vieja con sus compañeros en la cátedra de Teoría del Arte de la Universidad de Granada. Y llegó con un libro raro y curioso en que manejaba palabras que, por lo visto, le fueron reveladas de súbito. —«Pero, chiquillo —decían muchos —¿quién te ha enseñado a ti a decir «canéfora»?». Ya en Madrid, acabó de urbanizarse, y se caracteriza muy bien de Residente. No da gran crédito al reloj ni al almanaque. Es violento de gesticulación y además como un gitano. Y moreno, naturalmente.

GUILLEN, Jorge. —De Valladolid, pasado por el aire más fino de Europa.

Material el suyo noble y frío: traslúcido. Por eso se le ve el fuego recóndito y distante en que él prende su selección de afectos. En su alambique de poeta destila poco a poco ese libro de muchos grados que algún día paladearemos todos, décima a décima. O romance a romance.

JARNÉS, Benjamín. —De Alhama de Aragón.

Tiene biografía: ave rarísima de hoy. Pueden hacerse preguntas como estas: «¿Ha luchado usted mucho? ¿Qué recuerda de su vida en el seminario? ¿Y de sus años de cuartel?». Ha escrito novelas y libretos de zarzuelas que él no confesará nunca. Sabe disimular algo más que la obra anterior: los años. Salió del Purgatorio en «Plural». Se acerca a la bienaventuranza con «El profesor inútil». Es bastante rubio. Suele sonreír con más estupor que regocijo.

MARICHALAR, Antonio. —De Logroño. (¿Y por qué no...?)

—«Tengo para usted...». Una revista, un libro, una carta. Siempre tiene algo para alguien este Cónsul de las más entonadas Repúblicas literarias. Se le ve en teatros, en tes: oye todas las conferencias. Es el más asiduo tertuliano —después del Doctor Sacristán— de la «Revista de Occidente». Y el pombiano mejor portado. Tiene cuatro frascos con lindas palabras en el marbete: «Palma», «Gírola», «Risco», «Ídolo bello». Ya sabemos de los dos primeros; fino licor de excelente aroma.

SALINAS, Pedro. —De Madrid y de la calle de D. Pedro. De D. Pedro Salinas, claro. El tiempo completará el rótico.

—«Mañana viene Salinas» —es frase que nos decimos los amigos muchas veces al cabo del año; víspera del gozo de verle. Pero en Madrid no está Salinas nunca: pasa. Cruza Madrid solo el tiempo necesario para ver a Juan Ramón y avisar al ómnibus de la Central. Su sino es ir siempre de acá para allá, rápido en su corpulencia, temiendo algo, sacudiendo el aire con el ala de su gran espíritu, cerrando los ojos y tapándose los oídos para no ver ni oír la compañía con bandera y música que rinde honores a su maestría.

TORRE, Claudio de la. —De las Palmas, pero le salió al encuentro, para envolverle, un blando aire cubano.

Sería curioso oírle —quien pudiese — un diálogo con Eugenio d'Ors. Como la palabra, el paso: deslizante. Claudio